

Eduardo Assalone
(compilador)

El concepto moderno de trabajo

Actas de las VI Jornadas Nacionales de Filosofía Moderna



Mar del Plata

Universidad Nacional de Mar del Plata

2017

ISBN: 978-987-544-791-2

El trabajo capitalista como fundamento y diagnóstico del mundo moderno: las perspectivas de Locke y Weber

Javier Alegre¹

(UNNE)

Desde sus inicios en la Grecia clásica, en la filosofía predominó una concepción negativa y reducida de las actividades laborales, ligadas indefectiblemente al castigo, la extenuación, el embrutecimiento y la imposibilidad de cultivar lo más propio de la existencia humana; no tenemos más que remontarnos a los textos de Platón y Aristóteles para conocer el profundo desprestigio y rechazo que generaba el ámbito laboral dentro de la sociedad griega en general y en sus principales pensadores en particular. En la Edad Media, el trabajo sigue ocupando un sitio secundario y siendo asociado mayormente con aspectos negativos de la vida humana, aunque ya no en forma tan terminante como en los pensadores antiguos: la necesidad de trabajar continúa ligada a un castigo divino impuesto ante una falta humana, pero a su vez es conjugado con elementos que resaltan su carácter de deber ante Dios.

Frente a esta tradición, la época moderna se erige como el primer momento histórico en que el trabajo comienza a adquirir un inequívoco sentido positivo y a ocupar un lugar cada vez más importante dentro de los sistemas teóricos, vinculado directamente con las transformaciones introducidas por el liberalismo económico-político, el capitalismo mercantil, el avance de las ciencias experimentales, la racionalidad secularizante y el *giro antropocéntrico* renacentista. Nueva concepción que valora positivamente el trabajo en tanto fuente de progreso, bienestar social, adelantos técnicos, riqueza, prosperidad, etc., pero sin atribuirle incumbencias antropológicas de relieve ni valor en sí mismo, por lo que se erige en una clara reivindicación utilitarista del trabajo. Así encontramos distintas elaboraciones que coinciden en otorgarle al trabajo características y funciones que lo resignifican positivamente siguiendo las coordenadas del liberalismo y el capitalismo, tales como la asociación entre lujo,

¹ **Javier Alegre** es Licenciado en Filosofía (Universidad Nacional del Nordeste - UNNE) y Doctor en Filosofía (Universidad Nacional de La Plata - UNLP). Se desempeña como docente-investigador en la UNNE en el área de Filosofía Contemporánea, especializándose en los ámbitos de filosofía del trabajo, filosofía social y filosofía del lenguaje. Respecto del tema del trabajo, ha publicado un libro, diversos capítulos de libros y artículos en revistas especializadas nacionales e internacionales y ha participado como expositor en numerosos eventos académicos.

progreso y laboriosidad presente tanto en la *Fábula de las abejas: o vicios privados, beneficios públicos* (1714) de Mandeville como en la *Investigación sobre los principios de la moral* (1751) de Hume, la “dulzura del comercio” y las actividades relacionadas con él invocada en *El espíritu de las leyes* (1747) de Montesquieu y la teoría del valor-trabajo enunciada en *La riqueza de las naciones* (1776) de Adam Smith, por citar algunos ejemplos sobresalientes.

Aquí nos centraremos especialmente en las elaboraciones de Locke y en el análisis posterior de Weber con el propósito de mostrar cómo el mundo del trabajo moderno, a partir de la configuración que adquiere por las transformaciones sociales, económicas y filosóficas, cumple tanto la función de fundamentación, legitimación y diagnóstico de las nuevas condiciones imperantes así como sirve para identificar las características más propias que definen el mundo moderno y sus continuaciones e incumbencias en el ámbito laboral.

Locke: trabajo, desigualdad y propiedad privada

Locke defiende las ideas utilitaristas e individualistas propias de la burguesía en pleno proceso de consolidación en el siglo XVII y representa algunas de las convicciones y supuestos más firmes de la modernidad liberal, que da soporte a posteriores desarrollos de los programas económico-político-jurídico que, aunque con variaciones, continúan teniendo vigencia. A lo largo de sus escritos, Locke se opone con claridad al ocio y la holgazanería, considerados fuente de males sociales, y reitera la importancia del esfuerzo, del trabajo y de la producción, todos motores indispensables para la marcha de la incipiente maquinaria económica capitalista.

En línea con la teoría contractualista, para Locke el carácter egoísta del ser humano hace necesario romper con el estado de naturaleza y sustituirlo por un estado político, delegando ciertos márgenes de libertad y de poder para garantizar la armonía entre los hombres y el disfrute de la propiedad privada: “si el hombre en estado de naturaleza fuera tan libre como se ha dicho, (...) ¿por qué renunciaría a su libertad (...) y se sometería al dominio y al control de otro poder?. A esto la respuesta es obvia: (...) el disfrute de la propiedad que tiene el hombre en tal estado es sumamente insegura. Esto lo lleva a querer dejar una condición que, por libre que sea, está llena de temores y peligros continuos; y no sin razón busca y desea unirse en sociedad con otros hombres (...) para la preservación mutua de sus vidas, libertades y posesiones, es decir,

de todo aquello que doy el nombre general de ‘propiedad’”.² Y es para legitimar la propiedad privada que Locke convierte al trabajo en la dimensión central de su análisis.

En el estado de naturaleza, la tierra y sus productos son propiedad común de la humanidad por legado divino, por lo tanto nadie puede arrogarse un uso exclusivo ni de ella ni de los bienes que genera, pero cuando el ser humano se sirve de ella y usa lo producido para su propio beneficio, el resultado de este uso supone la modificación del estado de naturaleza original y otorga el derecho de propiedad a quien puso su esfuerzo, su tiempo, su actividad física. El trabajo consiste para Locke en este proceso de transformación de la tierra por la mano del hombre y es por el que se le otorga valor a la tierra y además se justifica que el hombre sea propietario de una porción y de todo aquello que ella produjese: “si bien las cosas de la naturaleza son dadas en común, el hombre -al ser amo de sí mismo y propietario de su persona y de sus acciones y trabajo- tiene en sí mismo el fundamento de la propiedad”.³ Así, el trabajo es el principio de desigualdad y la justificación natural de las diferencias de las posesiones entre los hombres.

Locke señala que aunque el hombre es bueno por naturaleza, algunos hombres por avaricia y egoísmo, también propios de su naturaleza, modifican este proceso de adquisición armonioso y racional y acumulan más de lo que necesitan para la subsistencia. A esto se suma el aumento cuantitativo de seres humanos, de objetos de uso y la invención del dinero, conjunción que para Locke contribuye a la profundización y aceleración del desarrollo y acumulación económicos. Estos cambios en las posibilidades de adquirir y acumular posesiones más de las necesarias son pactados y acordados, no obstante pueden ocasionar conflictos entre los hombres. De allí que Locke entiende que los acuerdos que realicen los hombres por conveniencia deben tener garantía del poder político, depositando en éste toda la legitimidad y fuerza. El poder político, materializado en las formas incipientes del Estado moderno, es el encargado de garantizar el cumplimiento de los pactos, legitimar los intercambios privados, neutralizar los conflictos de intereses y resolver las disputas.

Podemos identificar, así, como comienza a configurarse con Locke todo un andamiaje teórico que postula, por un lado, una nueva subjetividad: racional, productiva, egoísta y con el trabajo como eje de la acumulación, y, por el otro, una redefinición del papel del Estado en tanto productor de un nuevo orden jurídico y garante de los intereses y transacciones egoístas entre los individuos.

² Locke, John (2003). *Segundo ensayo sobre el gobierno civil*. Bs. As., Losada, § 123, p. 92.

³ Locke, John (2003), § 44, p. 34.

Weber: modernidad como racionalización desencantada y exaltación del trabajo

Weber establece una identificación entre racionalización y modernización está basada en que si encontramos procesos estructurados de control y sistematización del mundo en cualquiera de los ámbitos, entonces estamos en presencia de la dinámica de racionalización que impuso un dominio excluyente a partir de la modernidad. Si bien este proceso de racionalización incluye en su seno ciertos rasgos emancipatorios, es portador de niveles crecientes de formalización e instrumentalización y termina instaurando nuevos sistemas de cosificación y deshumanización que acarrear la pérdida de libertad y de autonomía por parte de los individuos ante la burocratización de los diferentes aspectos de su vida. La formalización de la razón ocurrida en la modernidad da por resultado finalmente una razón *desencantada* que ya no puede proporcionar un sentido unitario a las acciones e instituciones humanas.

El *desencantamiento* produce la desacralización creciente del mundo natural y social, con lo que vuelve susceptible de racionalización todo lo que hay y asume que no hay más que lo que cae bajo su dominio racional. A partir de ello, el *desencantamiento*, basado en la administración racional y burocrática del mundo ya desacralizado, da lugar a una realidad profana, laica y secularizada, donde el pensamiento se convierte en una operación lógico-matemático-científica destinada a ordenar y dominar la naturaleza mediante acciones estratégico-instrumentales. A través de estos procedimientos intelectuales, predomina la convicción de que “no existen en torno a nuestra vida poderes ocultos e imprevisibles, sino que, por el contrario, todo puede ser dominado mediante el cálculo y la previsión”.⁴ El nuevo marco de sentido propiciado por el *desencantamiento* desfonda la realidad mágica del mundo antiguo en nombre del conocimiento, la libertad y, sobre todo, la racionalidad, elementos que nutren e insuflan las instituciones que surgen y/o se afianzan en la época moderna (ciencias, legislaciones, Estados nacionales, universidades, etc.).

El capitalismo moderno se diferencia de las anteriores formas económicas, según Weber, no por la noción de lucro sino por la organización racional del trabajo *formalmente* libre, el cual implica la existencia de una clase dispuesta a vender su fuerza de trabajo en el mercado. El *espíritu capitalista*, en tanto tipo de mentalidad que pretende la obtención de ganancias a través del ejercicio sistemático -racional- de una

⁴ Weber, Max (1967). “La ciencia como vocación”. En: *El político y el científico*. Madrid, Alianza, p. 200.

profesión guiada por la *filosofía de la avaricia*, se genera contrariando el modo de vida de los tiempos pre-capitalistas y su mentalidad tradicionalista, que justificaba el trabajo por la mera satisfacción de necesidades, y al actuar en coordinación con la ética ascética del protestantismo calvinista, con sus valores de honradez, austeridad, rechazo de lujo y ostentación, racionalización del tiempo y autocontrol de las pasiones, marca la redefinición y revalorización del trabajo en los siglos XVI y XVII, “como el éxito del trabajo constituye un síntoma más seguro de que es del agrado de Dios, la ganancia capitalista es uno de los más importantes indicios de que la bendición divina ha caído sobre la empresa comercial, (...) –lucro y propiedad no como fines en sí mismos, sino como medida que revela la propia capacidad. Con ello se alcanza la unidad del postulado religioso con el estilo de vida burgués favorable al capitalismo”.⁵

Encarar la vida de acuerdo con un espíritu ascético, vuelto hacia el dominio racional del mundo y orientado al control sistemático de sí mismo para el logro de una vida intra-mundana metódica pero con fines ultra-mundanos, junto con la visión sagrada del trabajo, vinculada con la idea religiosa de profesión como misión y deber terrenal hacia Dios e indicio de la salvación, están en la base de la disposición moderna hacia el trabajo, “como medio principalísimo de conseguir dicha seguridad en sí mismo, se inculcó la necesidad de recurrir al trabajo profesional incesante, único modo de ahuyentar la duda religiosa y de obtener la seguridad del propio estado de gracia”.⁶ Disposición que, ya transformada bajo la racionalización y burocratización del sistema administrativo y de la personalidad, genera los empleados y funcionarios que asumen mecánica e incondicionalmente los deberes del cargo o la profesión –por sobre cualquier otra instancia- con ahínco y entusiasmo ya desacralizados, productos de la alianza entre la *máquina muerta* (industria) y la *máquina viva* (burocracia). Funcionarios que, debido a su entrega total y ciega a la dirección fijada por el mecanismo burocrático que entienden y sienten como requisito de su deber profesional y dedicación al empleo, devienen en engranajes de la maquinaria burocrática y terminan por convertirse en lo que el mismo Weber define, con quirúrgica precisión e impronta nietzscheana casi textual, como “especialistas sin espíritu, gozadores sin corazón”.⁷

Concluyendo (coda contemporánea)

⁵ Weber, Max (1944). *Economía y sociedad. Esbozo de una sociología comprensiva*. México, FCE, p. 344.

⁶ Weber, Max (1995). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Barcelona, Península, p. 138.

⁷ Weber, Max (1995), p. 259. Esta figura la toma Weber del *Zarathustra* nietzscheano.

Resulta claro que el nuevo enfoque acerca del trabajo desde la óptica liberal y utilitarista hecho por Locke y la afinidad y retroalimentación entre las premisas del capitalismo, el proceso de racionalización occidental y la ética ascética protestante resaltadas por Weber son elementos cardinales en la reconfiguración del carácter y sentido que adquiere el trabajo en la época moderna, oponiéndose a las concepciones que habían predominado durante siglos en la tradición filosófica y religiosa. La estela de esta transformación aún se puede apreciar en el presente, más allá de que en la esfera laboral posteriormente es notoria la impronta que tuvo el industrialismo decimonónico y que las consecuencias del posindustrialismo y la globalización neoliberal actuales lejos aún están de finalizar y, por ende, de ser vislumbradas con precisión.

En particular, en el caso de Locke, la fundamentación liberal del trabajo como explicación de las desigualdades que inicia este autor mantiene una vigencia aún superior que otras elaboraciones teóricas de la modernidad (como, por ejemplo, la teoría del valor-trabajo smithiana dentro de la economía), ya que entender la ubicación social de un individuo preferentemente en base a sus capacidades, trayectoria y logros laborales es algo recurrente y que sirve para encubrir las dificultades crecientes con que se encuentra gran parte de los trabajadores al momento de vincularse con el mercado laboral en la actualidad. En la estrategia de direccionar y anclar al ámbito individual aquellos problemas que tienen su origen en cuestiones macro-sociales y de política económica –y convertir en cuestión de *méritos* propios el éxito o fracaso en el mundo laboral, en particular, y la esfera socio-económica, en general–, sin duda alguna sigue latiendo el corazón liberal de la teoría lockeana.

En tanto que, como continuación de los análisis weberianos, en las sociedades contemporáneas siguen predominando discursos alabatorios del trabajo reconocido por el mercado, aunque en la mayoría de los casos ya desprovistos del trasfondo religioso que lo impulsaba desde una ética de la convicción, sino que se lo hace desde una ética utilitarista que se centra en los bienes y situaciones a los que se puede acceder mediante el empleo. Así nos encontramos con que este cambio en los fundamentos que mueven a sostener la centralidad del trabajo también termina por remitir a la esfera individual (vía bienestar, prosperidad, confort propios) lo que el trabajo ya no puede prometer o sólo muy parcialmente puede cumplir a nivel social (igualdad, redistribución, paz sociales). Y además, por último, ante la situación actual de que una porción creciente de trabajadores queda excluida de poder insertarse en condiciones satisfactorias a la esfera laboral, las disposiciones y funciones asociadas negativamente

por Weber al mundo del trabajo mecanizado y burocratizado muchas veces quedan en manos de una maquinaria burocrática ya desprendida en parte de la esfera productivo-laboral, con lo que se cierne la triste paradoja de que la amenaza de ser trabajadores desocupados o sub-ocupados no impediría la posibilidad de que la *máquina viva* nos atrape y devengamos socialmente en *especialistas sin espíritu* y *gozadores sin corazón*.